



Un Aprendizaje Difícil

por María Concepción Regueiro Digón

.En la Tierra había cubierto miles de kilómetros para su trabajo,idos aunque la profesionalidad siempre le ganase por la mano. Así, cuando entraba en los palacetes, módulos, complejos o cualquier otra construcción donde esperaban los responsables con el gesto servil permitido por sus fisonomías, ella sólo aceptaba las explicaciones referentes a su trabajo concreto. Las tormentas solares, de arena y de niebla, las alarmas sobre los invernaderos y otras excusas quedaban pues desechadas antes de ser formuladas o, cuanto menos, desarrolladas hasta el delicado punto de la puesta en marcha del Currículo educativo. Como excelente funcionaria de la Reunificación Inter-Planetaria, conocida más bien por RIP, sabía distinguir al milímetro el punto concreto de las disposiciones legales donde se encontraban, por triste norma general, en sus primeros apartados.

-El Currículo de RIP exige su correcto desarrollo en sus fases concretas, no me venga con ésas –con esas precisas palabras iniciaba siempre su parlamento. Una práctica precisa de recordatorio-frase coloquial-mirada profunda capaz de desarmar las nuevas baterías de excusas. Olalla odiaba entonces esa armadura de legalismo inatacable, pero lo disimulaba endureciendo aún más su expresión. El responsable del planeta sólo podía balbucir una nueva tanda de explicaciones entrecortadas sobre dificultades sufridas que ella cortaba salvajemente, en flagrante olvido de las normas de cortesía, pero se sabía como el resto de sus compañeros de RIP exenta de esa obligación de civismo-. Los infantes de este planeta deben asimilar los contenidos obligatorios en su primer periodo escolar, salvo que deseen una impresión por trodos. Ustedes eligen – concluyó ese día concreto al igual que las otras veces, más preocupada por



irse de una vez a la habitación que esperaba al término de su jornada también como siempre. Los alojamientos de Tekhor tenían fama de lujo y comodidad y estaba harta de los cuchitriles de los últimos tiempos.

Su ultimátum pareció actuar como un abrelatas y los siempre entrecerrados ojillos del nativo, un pobre desgraciado con un cargo accidental que apenas conocía el asunto, se abrieron como platos, recuperando la vieja expresión terrestre escuchada en alguna ocasión a su abuela. Era una manifestación física que hasta a alguien como a ella la sorprendió, en general acostumbrada a todo, pero siempre resulta extraordinario el hecho de que unos párpados fijos horizontales puedan alcanzar esa flexibilidad y descubrir unos globos oculares tan brillantes incluso en sus acostumbrados reflejos ambarinos, de luminosidad imposible en la gama de cristalinos azules, verdes y marrones de la Tierra. Con todo, siguió instalada en su hieratismo inalterable. Recordaba perfectamente la fama de Tekhor de hueso duro de roer (de nuevo, otra expresión insólita de su abuela), resistente irreductible a circulares y expediciones de RIP en general, pero ella conseguiría llevar a cabo su trabajo, al igual que en la media docena de planetas que ya eran de su responsabilidad exclusiva. Su orgullo le impedía siquiera recordar brevemente los fracasos de los anteriores funcionarios. El tekhoreense, una vez superados los primeros instantes de pánico, recuperó la pose habitual de inexpresividad dormida desde su poco inquietante estatura de escasos ciento treinta centímetros coronada por un cabezón más propio de un juguete infantil antediluviano. Eso, sin embargo, la intranquilizó un poco.

-¿Y bien? –preguntó ante aquel silencio que se estiraba como un chicle.

-Cuando en su planeta consumían la masa muscular de algunos animales –dijo por fin el tekhoreense con voz tranquila tras parpadear



lentamente con los pliegues verticales, éstos sí de gran flexibilidad-, daban los restos óseos a los perros, de mandíbulas más potentes, para aprovechar el alimento que en ellos quedara, pero había veces que resultaban demasiado duros incluso para los canidos más hambrientos. Se extendió por tanto esa expresión recordada por usted, “hueso duro de roer”, para aquellos asuntos con grandes dificultades de gestión. Lo sé por el viejo tripulante de una nave comercial que a veces ameriza aquí.

.....Una oleada de ira amenazó con descomponer el gesto de Olalla, pero su auto-control consiguió mantenerla serena.

-¿Ve? A eso me refiero –silabeó con frialdad-, sabe que las últimas circulares de RIP vetan expresamente el espionaje de los pensamientos de su funcionariado.

-Perdone. Era un pensamiento demasiado peculiar y no pude evitarlo. Muy poca gente emplea ya esa frase hecha –se disculpó humildemente el tekhoreense.

-Comprenderá entonces por qué es tan importante que sus infantes asimilen los contenidos de aprendizaje señalados por RIP –insistió ella, obviando la disculpa-. Cuanto antes aprendan a controlar esa habilidad tan molesta y a asimilar las normas generales de la comunidad en la que están integrados mejor será para todos –concluyó, con el estribillo mental de RIP “el aprendizaje único de nuestras únicas normas como único camino para la paz sideral” resonando moleestamente entre sus ideas como cualquier cancioncilla absurda odiada pero cuya melodía traquetea a todas horas en nuestra cabeza.

-RIP debería saber que no puede obligarnos a algo así.

-Y ustedes deberían saber que es una orden irrevocable asumida por todos los planetas integrados en RIP.

-Es antinatural –continuó el tekhoreense, no dándose por enterado del comentario-. Nuestra civilización se funda en la comunicación entre nuestras mentes. Llevamos lo que usted llamaría “milenios” así y nunca



hemos necesitado más. Somos ágrafos porque nuestra capacidad hace innecesario un código tan incómodo.

-Claro, y los malmutianos trabajan con su vocabulario cromático de más de dos millones de colores y los cabaquenses con su tacto hiperdesarrollado... Todos tienen su detalle propio, bien lo sé, y por eso es tan necesario contar con un elemento de cohesión. Se tiene por eso que implantar el Currículo único de RIP entre las nuevas generaciones para tener todos un punto de partida común y que esto no sea un desbarajuste de códigos y saberes –concluyó con sus restos de convicción sobre los objetivos de su trabajo como funcionaria de la Inspección Educativa Única del Currículo. A veces se preguntaba en qué momento había logrado automatizar una frase tan carente de sentido para la antigua Olalla, estudiante ilusionada de Educación con infinitas metas por alcanzar y cómo conseguía aguantar la fatiga que provocaba a la Olalla actual, funcionaria descreída y en plena cuenta atrás en la promoción a algún puesto de despacho de mucho sueldo y nulo interés, tan odiado en los viejos tiempos, y eso pese a todas las ayudas químicas que impertinentes asomaban en el apartado de sus antojos inmediatos.

-No pueden obligarnos a algo así –insistió el tekhorenses sin darse por vencido-. Sabe tan bien como yo que los últimos estudios epidemiológicos de RIP demuestran un incremento de enfermedades entre los infantes del planeta que asisten a esas absurdas clases. Lo que usted llamaría “niños” enferman por ese esfuerzo de comprensión tan antinatural para ellos. Es como si a usted la hubiesen obligado de pequeña a hablar debajo del agua. Habría terminado ahogada o con los pulmones destrozados por el esfuerzo.

-Entonces habrá que emplear los trodos –cortó Olalla con crueldad-, y eso es algo mucho más traumático, pero si usted cree que sus nuevas generaciones son demasiado cerriles para un esfuerzo tan simple...



Se arrepintió al instante de su tono, pero su inercia profesional le mantuvo en la pose firme sin ceder un ápice. Por mucho que quisiese seguir centrada en su cometido, no podía olvidar la experiencia del funcionario Jameson allí, una de esas leyendas laborales vetustas que continuaban provocando escalofríos de terror en los grupos de trabajo. Su idea genial de probar los trodos de potenciación neuronal entre los seres jóvenes del planeta había tenido un efecto similar a la gripe llevada a América por los antiguos colonizadores europeos, un montón de muertes absurdas no esperadas, mucho más sangrantes por cuanto siempre nos duele más profundamente la desaparición de quienes apenas han conseguido saborear la vida. Un sistema nervioso tan sensible como el de los tekhoreses había recibido aquellos impulsos de bajo voltaje como si fuesen los latigazos fulminantes de cualquier línea de alta tensión. Aquel montón de infantes del planeta había muerto con la mueca de horror de esa última descarga brutal y, pese a las décadas transcurridas, era una pena aún llorada. Contemplaban por ello el sistema de potenciación del aprendizaje inducido como la pesadilla horrible a espantar. No importaba el hecho patente del perfeccionamiento del sistema de trodos y sus riesgos ínfimos, casi inexistentes, de la actualidad. Tekhor seguía aniquilado por ese antiguo duelo y Olalla comprendió con incomodidad que su mención a ese ingenio era un golpe bajo.

-No puede hablar en serio. Una persona como usted no debe olvidar los viejos ideales –masculló el tekhoresense vencido.

-Escuche. Ésta es sólo mi primera sesión y con quien tengo que tratar en realidad este tema es con su jefe –cortó ella prefiriendo olvidarse de la nueva lectura de pensamiento sufrida-. Ahora quiero retirarme a descansar. Mañana seguiremos con este asunto.

Abandonó el local con el sabor amargo de la desilusión revisitada. Su curiosidad por el lujo de los alojamientos de aquel planeta quedó relegada al segundo plano de las cuestiones banales.



Estaba convencida de haber guardado el pastillero herencia de su abuela en el neceser, pero ahora la pequeña caja romboidal con tapa de nácar no aparecía, ni siquiera tras el volcado frenético del contenido de la bolsa sobre la cama. La angustia retorció sus nervios y durante un tiempo que le pareció eterno le impidió recordar que a última hora la había escondido en el maletín de trabajo, un lugar más inaccesible a los escaneados de equipaje de los puestos interplanetarios. Aquel contenido caldeaba su sangre fría habitual, pero se encontraba en ese punto donde la simple amenaza de su falta la dejaba en las condiciones funcionales y de decisión de cualquier monigote. Abrió el pequeño envase con unas manos temblorosas, al igual que en las demás ocasiones en que se retrasaba con su dosis diaria y entre los temblores incontrolables usuales introdujo dos de sus comprimidos en su boca. Los tragó casi sin ayudarse del agua y se dejó caer sobre el colchón neuro-relajador que en cualquier otro momento le habría parecido el colmo de la comodidad pero que en esos instantes de suspensión de la consciencia era simplemente la última frontera con el suelo. El himno del remordimiento volvió a retumbar entre sus sienes, pero ella prefirió seguir concentrada en el no-ser y no-estar habitual del remedio, ni siquiera en la estrofa de la ilegalidad y las correspondientes sanciones abandonó esa laxitud. Quería esa promoción, pero la sustancia desdibujaba sus formas hasta dejarlas convertidas en simple nubecillas de un cielo alucinado. Sin embargo, el pitido chirriante de su comunicador sí consiguió tironearle desde ese limbo hasta la habitación donde se alojaba. Como pudo, llegó al cuarto de baño y tras refrescarse la cara bajo el grifo, contestó. El impasible gesto walhalliano de su jefe desde el holograma volvió a cohibirla más que cualquier ceño fruncido de su planeta natal.

-Hola, señor. En unos minutos pensaba mandarle un primer informe – mintió ella, aterrorizada ante la perspectiva de que se percatase de su evidente estado de embriaguez, pero, tal y como pasaba en la tierra, aquél era el inflexible mando superior sólo preocupado de las misiones y al que



importaba tanto el estado de sus subordinados como el contenido de su papelera.

-¿Cómo ha ido esa primera sesión? –preguntó el jefe directamente.

-Tuve que hablar con el segundo del departamento –masculló ella como si hubiese sido cogida en falta-, pero mañana mantendré una reunión con...

-Que no le vayan con excusas –cortó el walhalliano-. Consiga ese compromiso firme de desarrollo del currículo. Caso contrario, dé las órdenes oportunas para la aplicación de los trodos a un primer grupo de infantes. Con unos diez o doce bastará.

-Pero, señor –protestó ella angustiada-, nuestros últimos estudios sobre el sistema nervioso de los tekhoreses recomiendan que...

-Ustedes los humanos siempre con sus prejuicios absurdos –bramó el jefe-, ¿es que no acaban de comprender que la implantación del currículo es una necesidad para la propia RIP? Si no conseguimos instruir a las nuevas generaciones de los distintos planetas en nuestras disposiciones estamos abocados al caos.

-Sí, señor, pero el caso de este planeta es el de una comunicación telepática y una cultura ágrafa. Los infantes tienen grandes dificultades para bloquear su capacidad natural y adaptarse a los lenguajes escritos y a la memorización de conceptos en general. Tal vez debamos plantearnos la aplicación del plan de otra manera.

Sólo se dio cuenta de su grosería tras el eco de sus últimas palabras. Los coletazos más incontrolables de la droga habían segado su prudencia habitual con los mandos superiores y, en su lugar, le habían impelido a hacer un comentario tan poco respetuoso con su interlocutor. En una jerarquía asentada en las bases de la infalibilidad de las órdenes, sus palabras eran la impertinencia restando puntos a los proyectos futuros de mejora profesional. El walhalliano, al igual que hacían los demás habitantes



de su mundo en situaciones tensas, guardó unos segundos de silencio impasible. En esos momentos, ella hubiera deseado los tradicionales golpes en la mesa y griterío consiguiente tan propios del pequeño punto de su planeta de procedencia.

-Por lo que parece, no se ha enterado de lo sucedido con su compañera Brigitte –dijo el jefe por fin, más impasible que nunca. Olalla recordó entonces a la rubia un par de años más joven con la que había compartido pupitre y trodos en un olvidado seminario de actualización profesional y que tras varios licores en la cena de despedida había llorado amargas lágrimas por sus amores prohibidos con una malmutiana, una situación que ahora reconocía como muy embarazosa pero que entonces le había parecido divertida.

-No, ¿qué pasó? –preguntó con un nudo en la garganta.

-Como sabrá, era la funcionaria en misión con los cabaquenses –el pretérito de la frase atenazó aún más su garganta-. Los cabaquenses, ya sabe, esos inocentes seres de tacto hiperdesarrollado –el empleo de la ironía por un ser impasible tenía un regusto de repugnancia, prácticamente imposible de eludir-. También ella tenía como usted sus dudas sobre la aplicación de los trodos a los infantes del planeta e intentó buscar una medida menos traumática. Como siempre, su ingenuidad humana imponiendo la idea de que siempre hay una mejor solución.

-¿Qué le ha pasado a mi compañera? –volvió a preguntar Olalla, ya en sus reservas de paciencia.

-Está muerta, al igual que el auxiliar que la acompañaba en su misión –contestó el jefe con un tono más gélido que nunca-. Les tendieron una emboscada varios alumnos de uno de los Centros de Implantación Curricular que supervisaba. Ya ve usted, muerta por unos niños, finalmente. Por una embolia cerebral que el tacto hiperdesarrollado de esos malnacidos supo provocar. Lo mismo le pasó al auxiliar. No tuvieron oportunidad de



defenderse, ¿y cómo? Una simple presión en la arteria adecuada y la funcionaria Brigitte es historia.

Olalla se sentía en la cima de una montaña rusa de altura infinita, presta a caer sin frenos. Agradecía que la supremacía de los walhallianos se basase en su increíble y pura capacidad intelectual ajena a cualquier sentimiento y no en la capacidad telepática como era el caso de Tekhor pues en aquel preciso instante estaba experimentando un odio incontenible hacia su jefe, más concretamente, hacia esa frialdad inaccesible que le llevaba a hablar de Brigitte como un simple recambio desechable de oficina. Ella apenas recordaba la cara de aquella funcionaria, en realidad, era ese conjunto de rasgos conocidos a los que cuesta ubicar en su nombre preciso, pero la noticia de su muerte la había colocado en ese peligroso terreno de las emociones a punto de desatarse, afiladas por el efecto de los psicotrópicos, y temía por ello cualquier reacción desproporcionada amasándose en su lengua y desde allí saltando a los pequeños pabellones auditivos de su superior.

-Lamento oír esa noticia –masculló con una calma impostada-, pero no creo que en este planeta se pueda dar una situación parecida. Los infantes tekhoreses son unos seres muy pasivos y...

-No me interesa cómo son esos tekhoreses –cortó con una grosería innecesaria el jefe-. Quiero un compromiso firme de implantación del currículo antes de veinticuatro horas y, si no, se aplicarán los trodos sin más. No toleraré otra cosa, y a usted personalmente la haré responsable de cualquier retraso, ¿comprende?

-Pero, señor, eso es injusto. Yo...

-Espero su informe antes de mi reunión con el Consejo –dijo el jefe como despedida y Olalla se encontró mirando con ojos desorbitados al vacío donde unos segundos antes se dibujaba el holograma. El concepto de "manía" volvió a cruzar su mente de manera absurda, pero no podía dejar



de recordarlo al término de sus entrevistas con ese superior, siempre plagadas de humillaciones y fallos evidenciados. Buscó la petaca que siempre ocultaba en el neceser y le dio dos largos tragos dejándola prácticamente vacía. El licor, como siempre, interactuó eficientemente con los comprimidos y volvió a llevarla a los territorios blandos y maleables de la hipnosis tóxica. La necesitaba como nunca. El pesar provocado por la noticia recién escuchada y la preocupación por su futuro en la jerarquía funcional de RIP eran dos monstruos horripilantes amenazando sus nervios y frente a los que no había más arma que las mágicas sustancias cuyos efectos cada día le resultaban más exiguos. El par de comprimidos quedaba corto, pero eran la dosis máxima recomendable si quería seguir manteniendo su habitual pátina de eficiencia. Sabía que un incremento, por mínimo que fuese, podía ser el principio de cualquier ignorado y terrible fin, pero ingirió la mitad de un tercero ayudándose del poso de la petaca y la justificación de un día terrible.

Despertó a las tres o cuatro horas de meterse bajo la ligera colcha de lana tekhoreense, empapada en sudor y entre palpitaciones incontrolables. La resaca tenía esa vez los complementos terribles de una amenaza indefinida y no sólo las molestas consecuencias físicas habituales. Graznó un pedido de infusiones muy calientes y analgésicos al somnoliento encargado de la cafetería del hotel, aún a sabiendas de su segura ineficacia dado su estado de quebranto. "Tengo que dejarlo", volvió a repetirse como medida inútil de alivio para su castigada cabeza, pero sabía que, una vez más, se estaba mintiendo a sí misma, el comportamiento de un perfecto tonto, como hubiera dicho su abuela, pero ella se había autoexcluido del grupo de los listos hacía bastante tiempo. Le crispaba la orden a cumplir en unas horas. En los cerca de diez años de experiencia nunca se había visto obligada a ordenar la imposición de trodos en ningún grupo, sus conocimientos del sistema y su vieja voluntad de entendimiento le habían



permitido conseguir siempre un arreglo adecuado para todos. Su delicado sentido de la vergüenza profesional se habría visto muy menoscabado entrando en cualquiera de los Centros al amparo de un montón de guardias de seguridad de RIP blandiendo las temibles ventosas, pero el antiguo principio de que siempre hay una primera vez para todo se hacía fuerte en esos momentos e incrementaba su malestar. Conocía bien la civilización tekhoreense, aunque ésa fuese su primera visita y sabía que nunca aceptarían la imposición de ese currículo único castrador de su propio ser. Sus propios conocimientos, liberados de las sogas de los psicotrópicos, berreaban la aberración que iba a cometer. Su viejo planeta siempre había suspirado por la comunicación telepática como una de las formas supremas de la evolución intelectual y, cuando por fin se encontraba una cultura edificada sobre ese prodigio, se ponían los medios para mutilar dicha habilidad. Qué hubieran dicho los sabios de siglos remotos, aquellos a los que ella leía arrobada en añejos libros de la facultad en sus tiempos de estudiante entusiasta, pero RIP era en definitiva la imposición de la voluntad del planeta más fuerte y los walhallianos nunca iban a tolerar la rebeldía de un pensamiento libre navegando sin freno entre las distintas mentes frente a su plomiza capacidad intelectual ajena a cualquier forma de empatía. Y los humanos convertidos en sus perrillos falderos llevando sus zapatillas en forma de funcionariado sumiso de RIP, olvidando deliberadamente sus viejos anhelos para así mejor adular a esos seres dominadores que les concedían el valor de una baratija. Volvió a comprender con pesar por qué se había enganchado a los remedios artificiales. Ese mismo pesar se instaló sobre su almohada y no le permitió dormir más allá de treinta minutos.

Lo cierto era que ella había participado en cierta ocasión en una aplicación de trodos, aunque su mente se había preocupado de ocultar ese recuerdo en el archivo de sucesos desagradables a evitar, por debajo de sus



citas fallidas y sus enconadas discusiones familiares. Había sucedido en sus primeros meses de auxiliar, a los dos de aprobar su oposición. La mano de obra barata de los nevirianos traída a la Tierra exigía un constreñimiento claro de su comportamiento anárquico, sobre todo de sus criaturas jóvenes, salvajes como antiguos animales selváticos, pero, en esa ocasión, su pavor a la fuerza bruta quedó suavizado por el aspecto propio de ofidios deformado de aquellos especímenes. A todo el mundo le dan asco los seres que se arrastran y ni siquiera cuando uno de los guardias de seguridad descargó un fuerte golpe sobre el rostro de uno de los progenitores que protestaban por el estado comatoso de los infantes tras la descarga eléctrica experimentó una emoción más allá de la mera incomodidad ante un espectáculo penoso. Esta vez, sin embargo, percibía una gran diferencia, empezando por ella misma. Entró en el despacho del tekhorense agobiada por esa idea. El mandatario ausente el día anterior mostraba un gesto de indolencia similar al de su sustituto aunque en su pose más firme se adivinaba la costumbre del mando. Presintió la dificultad añadida que eso supondría, pero consiguió adoptar una mirada acerada. Quería acabar con el encuentro cuanto antes.

-La ciudadanía de Tekhor nunca aceptará los trodos en sus generaciones jóvenes. RIP tendrá que plantear otra solución si quiere que este planeta asuma sus absurdos postulados –soltó el tekhorense antes siquiera de darle la oportunidad de articular un saludo. Olalla quedó rígida como si algo desconocido la hubiese paralizado. El tekhorense la observaba tranquilo desde su lento parpadeo vertical y a su asombro se añadió el desagrado por ese movimiento muscular tan distinto a su propia fisonomía.

-Entonces sabrá que yo tengo la potestad de acudir a cualquier centro apoyada por una patrulla de seguridad y ejercer de oficio la implantación en un grupo aleatorio de infantes –dijo ella con un leve temblor desgastando sus palabras.



-Haga lo que tenga que hacer, pero por aquí no vuelva si no es con una solución más razonable. Es usted quien debería recordar que la educación es para construir seres libres y no meras mascotas de los walhallianos. Ahora, si me disculpa, tengo mucho trabajo.

Se vio en el exterior atontada por lo acontecido. Normalmente, era ella la que tenía la última palabra, y su expulsión de aquellas estancias hervía en su interior una sensación desconocida que sólo tras bastantes segundos identificó como enojo. Hacía muchos años que no se sentía así. Aquel mando, de menor importancia jerárquica respecto a RIP que ella, la había expulsado del local con un par de frases certeras como si fuera la chusma que molesta y, por primera vez en mucho tiempo, quiso dar aquello que se llamaba "su merecido" por tamaña afrenta. Sus órdenes al oficial de guardia fueron tajantes, por tanto. Tal y como le había ordenado su jefe, cogería un grupo de infantes tekhorenses y le aplicaría los trodos. El malhumor callaba a su sentido común recordándole el perfeccionamiento de aquellos ingenios y con esa lógica incontestable demandó protección en el primer cuartel de camino al Centro de Implantación Curricular.

Su escolta quedó compuesta finalmente de un malmutiano desganado próximo al centenar de años de su edad de jubilación y un humano muy joven de primer destino. Una pareja desnivelada de escasa proyección pero que ella no valoró en esos términos pues de nuevo su raciocinio volvía a indicarle la desproporción de su medida.

-Primero hablaré con el responsable del centro y luego entrarán ustedes –dijo a aquellos guardianes, ya completamente arrepentida de su compañía.

-El reglamento dice que la acompañaremos en todo momento, humana- protestó el malmutiano, resabiado en el conocimiento de sus obligaciones y con un probable deseo de revancha por una misión tan desagradable. Olalla se vio sin fuerzas para rebatirle y con un gesto con la mano les indicó que le acompañaran. Como en todas las instituciones del



planeta, en aquel local reinaba el silencio. Lo que en la Tierra sería la “administración” permanecía desierta, una situación que ni con todo el potencial telepático de sus empleados quedaba justificado según las normas de RIP, aunque ella celebró esa situación como la oportunidad de retomar prácticas profesionales menos agresivas olvidadas en el despacho del mando tekhoreense.

-Voy a ver si encuentro a alguien. Ustedes esperen aquí custodiando el material y avísenme por el comunicador si aparece cualquier trabajador del centro –ordenó mientras se perdía por una de las puertas antes de que le pudiesen rebatir nada. Los pasillos del centro la recibieron con una nueva carga de silencio tranquilo pero para ella estremecedor. Por unos instantes, deseó estar en posesión de un arma, por mucho que su lógica le recordase que era una funcionaria del área de Educación y no cualquier policía trasnochada de las antiguas películas que tanto gustaban a su abuela. Avanzó por aquel corredor todavía angustiada por la quietud insólita y la sombra cercana a una puerta vista por el rabillo del ojo a punto estuvo de provocarle un síncope. Una tekhoreense joven ataviada con el uniforme del cuerpo pedagógico la observaba con un gesto que podría calificarse de pena.

-Por fin encuentro a alguien –dijo Olalla aún inquieta-. Soy la funcionaria de RIP que...

-¿Una persona con su capacidad nunca se cuestiona esas siglas? – interrumpió la tekhoreense- RIP, antiguamente usadas en su planeta en las lápidas funerarias y ahora significando en su viejo idioma Reunificación Interplanetaria, extraña afirmación cuando los planetas nunca estuvieron unidos y, por lo tanto, es imposible reunirse de nuevo. Más bien es la dominación planetaria por parte de los walhallianos y sus acólitos ¿no cree?

-No sé –masculló Olalla, demasiado cansada para rebatir una afirmación tan irrespetuosa a una simple trabajadora de la enseñanza- ¿Es usted docente de este centro? –la tekhoreense asintió lentamente con la



cabeza mientras parpadeaba a la misma velocidad con sus pliegues verticales y Olalla volvió a experimentar una sensación de náusea inapropiada-. Lléveme entonces ante su grupo de infantes, por favor – ordenó con la decisión ya tomada de que aquel sería finalmente el grupo aleatorio sobre quien aplicarían los trodos. Una ecuanimidad superviviente le hacía ceñir tal acción a sólo un porcentaje del conjunto pero, para ello, quería tener con ellos unas palabras previas a partir de las que elegir a los más recalcitrantes a la asimilación de ese currículo maldito.

La tekhorensa empezó a andar en silencio y Olalla sobreentendió que debía seguirla. Avanzaron durante bastantes minutos, ascendiendo y descendiendo rampas y entrando y saliendo de distintas estancias y cuando Olalla empezaba a pensar que le estaba tomando el pelo, la docente paró frente a una puerta de menor altura que las demás y la señaló con su mano de tres dedos.

-Aquí es.

Olalla entró sin esperar otra invitación. En un pequeño cuarto esperaba un grupo de siete infantes tekhorenses sentados en círculo sobre esterillas, tal y como era habitual en las clases de allí. Iba a hacerle una pregunta sobre ellos a la docente pero ésta había desaparecido sin dejar rastro, una reacción bastante anómala que a ella sólo le produjo una leve extrañeza. Quería acabar cuanto antes y no estaba para andar en persecución de subordinados y subordinadas apáticas por aquel recinto.

-Hola, clase –saludó amistosamente-. Soy Olalla, la funcionaria destinada a la implantación del currículo único aquí, y quería tener una charla con vosotros para...

-¿Viene a ponernos los trodos? –interrumpió asustado el que parecía más pequeño de aquellos alumnos.

-Pues claro, para eso ha dejado a dos guardias en la entrada con el aparato –le contestó otro infante algo mayor que parecía ser el líder del



grupo-. Sólo quería encontrar a unos cuantos y elegir a los torpes como tú para freírles la cabeza, como hizo aquel Jameson.

El pequeño empezó a hipar desconsoladamente en lo que sería el equivalente a una pataleta infantil de los humanos.

-No es así –protestó Olalla sin fuerzas, sabiéndose cogida “in fraganti”-. Sólo quiero haceros unas cuantas preguntas para ver cómo estáis asimilando los contenidos obligatorios, si tenéis los medios necesarios, si vuestra docente os trata bien... –la entonación del listado le sonó a ella misma tan falsa que prefirió callar y revisar en su “Palm” con fiereza los items a aplicar pues se sentía incapaz de soportar aquellas siete miradas verticales. La clase guardó un silencio respetuoso unos minutos.

-No sé cómo es capaz de aguantar con la vista tan fija en esa pantalla con la resaca tan fuerte que tiene –dijo de nuevo el pequeño líder-. Sabe perfectamente que no puede tomar más de dos comprimidos y mucho menos, mezclarlos con ese licor barato. Así va a acabar con su salud antes de su ascenso.

-¿Cómo te atreves? –farfulló Olalla buscando con manos temblorosas su comunicador para avisar a su escolta y poner definitivamente en práctica lo que le había ordenado su jefe, una vez convencida que en aquel planeta sólo servían las medidas más duras- Deberías saber que está completamente prohibido leerle el pensamiento a una funcionaria de RIP y, mucho menos, sus asuntos personales.

-Es un asunto personal que nos frían la cabeza. Yo no quiero –rebatía el pequeño entre sus hipidos.

-Yo no voy a freírle la cabeza a nadie –protestó Olalla mientras presionaba una y otra vez la tecla para la comunicación directa con su escolta y sólo obtenía como respuesta el ruido sordo de la falta de cobertura-. Sólo quiero que aprendáis las materias que marca RIP de la forma más fácil posible –concluyó dominando con dificultad su pánico creciente



-Estas paredes están recubiertas de un material parecido al plomo de su planeta. Es imposible que usted se comunice con su escolta desde aquí –explicó un tercer infante tekhorenses al que por los bufidos aburridos de sus compañeros podía suponerse el rol de empollón del grupo.

-Maldita sea. Debo avisarlos para que...

-Espere. Queremos saber más cosas de su abuela.

El cúmulo de recuerdos de ella con su abuela fue lo que la frenó en seco y no tanto su mención inesperada. Se vio a sí misma paseando de la mano de la madre de su padre mientras ésta le enseñaba canciones de su juventud y supo con certeza una vez más que aquellos eran los mejores momentos de su vida. Su abuela tenía una voz un poco nasal y ella a veces la intentaba imitar infructuosamente desde la torpeza de sus glotis infantil. Poco a poco, fue agachándose hasta quedar sentada en una de las esterillas y olvidando sus prisas, sustituidas definitivamente por la prioridad de la rememoración de la alegría en estado puro. Su canción favorita era aquella que decía algo de una chica de ayer, y que a la abuela le había enseñado un viejo profesor de canto. Siempre preguntaba por qué hablaba de una chica de un día anterior, y la abuela siempre le respondía con un ataque de cosquillas cariñosas que le hacían reír con gusto, fuera de toda incomodidad o angustias por los centros sensibles atacados. Los ojos verdes enmarcados en arrugas suaves parecían volverla a mirar desde el inmenso cariño y un calorillo perdido en cualquiera de los múltiples desplazamientos pareció envolverla de nuevo. Muchas veces, las canciones iban acompañadas de unos pasos de baile marcados entre exclamaciones de dicha y sus pies parecieron hormiguar ante el recuerdo de esas viejas habilidades. Por el contrario, las manos perdieron su fuerza y de ellas se deslizaron el comunicador y el "Palm", estrellándose contra el suelo sin que hubiese el menor intento de evitarlo. También estaban todas aquellas historias, de reinos milenarios y seres míticos, imposibles en un mundo de exploraciones espaciales e Inteligencias Artificiales superdesarrolladas, y deseó buscar



una vez más el sentido de la maravilla en cada uno de aquellos episodios, una tarea fascinante que iba a requerir toda su atención inmediata.

El walhalliano recibió a la funcionaria Tarvya desde su sempiterna impasibilidad aunque parecía haber cierta simpatía en sus palabras, quizás por la novedad de contar entre su personal con una malmutiana, por lo general, muy reticentes al trabajo en la implantación del currículo único.

-Así que usted va a ocuparse de Tekhor –dijo como saludo.

-Sí, señor. Solicité trabajar con los cabaquenses, pero ese destino ya estaba ocupado –dijo Tarvya con el recuerdo de Brigitte lacerando su ánimo una vez más.

-Es un destino bastante complicado, por lo que no puede haber ninguna duda sobre su trabajo. Seguramente, le habrán contado lo sucedido con la funcionaria anterior. Olalla está ahora ingresada en una Unidad de Salud Mental de RIP, en un estado de profunda catatonia, agravado seguramente por una adicción a psicotrópicos desconocida hasta ese momento. Era quizás de las mejores inspectoras y ahora, ya ve, babeando con la mirada perdida en el vacío y balbuciendo de vez en cuando cosas incomprensibles sobre su abuela con una sonrisa idiota.

-Es una pena –masculló Tarvya a falta de un comentario mejor.

-Y, ya ve, eso se lo causó un pequeño grupo de infantes tekhoreses mediante sus habilidades telepáticas conjuntas. Una adulta llena de experiencia y conocimientos derrotada por unos niños, finalmente. Una vil encerrona en la que colaboró el propio cuerpo docente del centro. Comprenderá entonces por qué insisto tanto en la necesidad de medidas radicales. Es imprescindible que en ese planeta se implanten las disposiciones de RIP de una vez por todas. No podemos tolerar más actos de terrorismo como ése.

-No se preocupe, señor. Me haré acompañar de una patrulla completa de Seguridad y aplicaré los trodos a todos los infantes sin más. Si hace



falta, los secuestraré y los encerraré en calabozos. No volverá a pasar nada así. Se acabaron las medidas tibias –concluyó Tarvya. Recordaba que en alguna ocasión descansando entre los brazos de Brigitte ésta le había comentado su amistad con Olalla, así que bien podía empezar por vengar a la vieja colega del amor de su vida. Siempre serviría de ensayo para el momento feliz en que pudiera ocuparse de los cabaquenses. Sólo era cuestión de paciencia y sangre fría, como hubiera dicho Brigitte.

**Autor: Maria Concepción Regueiro Digón, Tui, Pontevedra.
Relato publicado en Razas Estelares, Libro Andrómeda nº.9
Hyperspacio Andrómeda www.libroandromeda.com**

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en internet:

Reconocimiento - Sin obra derivada - No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.